

nuestras costumbres, que los cristianos mismos no lo comprenden ya. No hay, pues, que extrañarse que los teofilántropos, que se creían cristianos, á lo menos por la moral, celebren lo que el Evangelio reprueba. En un discurso de Dubroca, el predicador habitual de la secta, se lee un magnífico elogio del comercio: "Por él, los pueblos fraternizan de un extremo á otro del mundo, los conocimientos se comunican, los intereses se reúnen. ¿Qué sería de los vínculos de la fraternidad universal si cada pueblo se contentase con las riquezas que tiene? Cada nación viviría en el aislamiento, y todas las fuentes de la benevolencia universal se agotarían á la vez. Pero según el orden establecido por la sabiduría eterna, que ha querido que una porción de los hombres tuviese necesidad de la otra, todos los caminos de la benevolencia universal vuelven á abrirse. Entonces comprenden las sociedades que son hermanas, como los hombres son hermanos," (1).

Esto es muy justo; pero los Padres de la Iglesia no hablan así, y ese no era ciertamente el ideal del Evangelio. Los teofilántropos no eran, pues, cristianos. Eran innovadores, hijos del siglo XVIII, que trataban de realizar la doctrina de sus maestros, los filósofos. ¿Por qué no tuvieron el valor de enarbolar su bandera? Era, es preciso reconocerlo, por impotencia. Su inspiración no era bastante fuerte para fundar una religión. Medianías, sentían por instinto que no estaban á la altura de su empresa. ¿Quiere esto decir que hay que perseguirlos con el ridículo, añadiendo á él la calumnia, como hacen los católicos? La teofilantropía es, por el contrario, uno de los hechos más notables de la Revolución. Es una señal de los tiempos, y es preciso estar ciego, como lo están los partidarios del pasado, para no aperebirla. Los teofilántropos sentían la necesidad de una religión nueva que uniese á los hombres divididos. Hemos dicho que consideraban principalmente la religión como el vínculo necesario de la sociedad y como un consuelo para los que sufren. Hay que decir más. Había en ellos el germen del sentimiento religioso. "Dios, decían, no tiene necesidad de nuestro culto, pero nosotros tenemos necesidad de prestarle alguno." Se reunían los días consagrados al descanso para celebrar un culto tan sencillo como su dogma: algunas inscripciones morales, un altar en el cual

(1) DUBROCA, *Discurso de moral*, p. 111.

depositaban, en señal de agradecimiento por los beneficios del Criador, algunas flores ó algunos frutos, lecturas ó discursos morales: tal era todo su ceremonial. "Este culto, dice su catecismo, al reunirnos de tiempo en tiempo con nuestros hermanos para adorar á Dios y para animarnos al bien, nos atrae á sentimientos de respeto hacia la divinidad, de benevolencia hacia nuestros semejantes, á la práctica de nuestros deberes, y fortifica en nuestra alma el amor de la virtud y el horror del vicio," (1).

Hemos dicho que los teofilántropos no comprendían la importancia de los dogmas; pero hay otra fase de la religión de que tenían un instinto muy justo. Escuchemos á Larevellière: "La religión, dice, es principalmente un sentimiento del corazón. Del corazón brota el manantial de la moral. Por el sentimiento, mucho más que por la razón, se sacrifica el hombre por la felicidad de sus semejantes." Esto es cierto, pero no basta. El sentimiento sólo conduce á la vaga religiosidad de Rousseau, y deja al hombre sin guía y sin apoyo en la tormenta de las pasiones. La vida de Rousseau es un triste testimonio de la inutilidad del sentimiento abandonado á sí mismo. Y la teofilantropía nos da la misma enseñanza como religión. Si se quiere un culto, es preciso también querer una doctrina religiosa.

Esta lección va dirigida á los hombres del porvenir. Los hombres del pasado pueden también adquirir una enseñanza en los ensayos de religión natural que se hicieron durante la Revolución. Todos fracasaron. ¿Debió el catolicismo triunfar de su caída? Sería un triste triunfo, porque si había que deducir de él que no hay más religión posible que el catolicismo, se llegaría á esta desoladora conclusión, que la humanidad avanza hacia una época en la cual ya no habrá religión en la tierra. Es preciso que el cristianismo tradicional se transforme ó perezca. Hé ahí otra lección que nos da la historia religiosa de la Revolución. Los sentimientos hostiles al catolicismo que la provocaron no se han extinguido, se extienden con el progreso natural é inevitable de la razón. Si no se les da satisfacción, destruirán la Iglesia á la vez que la religión del pasado.

(1) *Manual del teofilántropo*, en el *Código de CHERMIN*, páginas 20, 59.

## CAPITULO III

### CONCLUSIÓN

#### § I.—La reacción católica.

En el 93 se creía que el catolicismo estaba decididamente muerto. Madama Roland, escribiendo sus *Memorias* al pie del cadalso, creyó deber explicar á sus lectores lo que era la enseñanza del *catecismo*: "Al paso que van las cosas, dice, los que lean este trozo preguntarán tal vez lo que era esto; voy á enseñárselo," (1). En 1800, un hombre cuyo testimonio no es sospechoso escribió: "Una *reacción religiosa* bien marcada caracteriza este primer año del siglo XIX." Sylvain Maréchal añade en una nota: "Esta palabra está tanto mejor colocada aquí, cuanto que las personas de ambos sexos que manifiestan en este momento el más santo celo por la casa del Señor estaban designadas no há mucho por una conducta á lo menos profana," (2).

Hay una grande enseñanza en este hecho. Los demócratas predicán en nuestros días la violencia contra el catolicismo, censuran á los revolucionarios sus miramientos con las antiguas supersticio-

(1) MADAMA ROLAND, *Memorias*, t. I, p. 9 (Colección de BARRIÈRE).

(2) SYLVAIN MARÉCHAL, *Por y contra la Biblia*, p. XIX.

nes, invocan contra la Iglesia el arma de que ella se sirvió contra el paganismo, la fuerza bajo forma de ley (1). ¿Es preciso hacer notar lo que hay de contradictorio y de absurdo de parte de los demócratas, al apelar á la violencia contra creencias religiosas? Creíamos que la democracia era el reinado del *derecho*; ahora bien, quien dice *derecho*, dice *libertad*. Los demócratas no tienen razón más que en una cosa, en que la *libertad* no debe ser un engaño, y en boca de la Iglesia es una sangrienta irrisión. Bajo el nombre de *libertad* quiere volver á tomar la dominación que se le ha escapado, porque ser *libre* ha querido decir siempre para la Iglesia que quiere reinar directa ó indirectamente. Es preciso, pues, vigilar para que la *libertad* no se convierta en una arma para matar la libertad; porque ¿qué sería la libertad si la Iglesia fuese señora? La libertad de pensar no sería más que una vana palabra, y la libertad política una hipocresía. Pero es preciso por esto que el legislador suprima el catolicismo, como los emperadores cristianos abo-

(1) QUINET, *Marnia de Santa Aldegonda*, Prólogo.

lieron el paganismo? Que el Estado proteja sus derechos frente de la Iglesia; que la impida apoderarse del monopolio de la enseñanza bajo la sombra de libertad; después que el porvenir religioso de la humanidad sea abandonado á la libre discusión, no tememos el resultado de esta lucha pacífica. Que los librepensadores eviten llamar á la violencia en su apoyo. Aun cuando el medio fuese legítimo, aun cuando se quisiera ver en él represalias justificadas por la larga tiranía de la Iglesia, decimos que el medio sería muy mal escogido y que iría directamente contra el fin que se quería.

Nos parece que la experiencia hecha durante la Revolución es decisiva. Quéjense de que no se haya recurrido á la fuerza. Es cierto que la Asamblea constituyente permaneció en los estrictos límites del derecho; hemos probado en nuestro *Estudio sobre la Iglesia y el Estado* que las acusaciones de los ultramontanos son vanos clamores. Fué la resistencia del clero, fué la provocación á la rebelión, fué la complicidad del episcopado en la contrarrevolución, en fin, fué la guerra de la Vendée lo que impulsó á la Asamblea legislativa y á la Convención á obrar contra todos los sacerdotes refractarios. No faltó, pues, la violencia legal. Añadid á esto la violencia ilegal que se ejerció por los representantes en comisión en los departamentos. Si alguna crítica se puede dirigir á la Revolución, es la de haber abandonado el terreno del derecho por el de la fuerza. Y ¿cuál fué el resultado? Vamos á oír el testimonio de escritores católicos. El abate Barruel fué contemporáneo de la persecución dirigida contra el clero; había visto los altos prelados antes del 89, los vió después de su emigración. Le cedemos la palabra:

“Gravando sobre el clero católico, la mano de Dios tenía que castigar grandes relajaciones, verdaderos desórdenes... La persecución, añadida al celo de los fervientes, llamó al arrepentimiento á los que tenían la fe del sacerdocio, sin tener sus costumbres, y la gracia obró cambios que parecían prodigios. Prelados que no há mucho ostentaban el lujo de los seglares humillaron su cabeza bajo el yugo de la sencillez evangélica. Hombres que habían buscado las riquezas de la Iglesia se honraron con ser pobres por la causa de Dios. Sacerdotes á quienes gustaba participar de los goces del mundo abrazaron la penitencia; la cruz de Jesucristo, reducida á sí misma y sin toda esa mezcla

del culto de la corte y del culto de la fe, les parecía más gloriosa... Bien lo veo, decía uno de esos hombres en el cual habíamos visto al pronto un rico del siglo más bien que un apóstol de la Iglesia, bien lo veo; del fausto de las grandezas y del seno de las riquezas, nuestro Dios nos llama á las virtudes, á los combates, á la desnudez de los primeros siglos; es preciso preparar para esto nuestra alma por medio del retiro y la meditación.”

“Estas disposiciones, continúa Barruel, que se habían hecho casi generales entre los eclesiásticos no juramentados, habían hecho de ellos hombres completamente nuevos. Su vida era infinitamente más regular... Se les veía correr con los obispos á esos retiros espirituales, en donde adquirían con la oración, el ayuno y la penitencia, la fuerza de arriba, que era la única que podía sostenerles y darles la nueva vida á la cual los llamaba el cielo. En las calamidades que caían sobre su patria veían la mano del Padre celestial castigando los hijos que aun ama, para hacerlos mejores, ó esos decretos terribles que arrancan la fe á las naciones que abusan de ella. Veían la Francia ó convertida ó reprobada. Conjuraban á su Dios á no retirar para siempre sus bendiciones, y su vida purificada y su constancia en la fe de sus padres parecían la mejor prenda de una providencia que castigaba á la Francia, pero no la rechazaba; que quería lavarla de sus iniquidades, vivificar su fe, y no entregarla para siempre á los demonios de la herejía, del cisma y de la impiedad,” (1).

El cuadro está poetizado, mejor dicho, es de un hombre de fe que supone la misma fe en todos los ministros de Dios. Pero es cierto que los que conservaban una chispa de cristianismo debían sentir los sentimientos descritos por el abate Barruel. Son demasiado naturales para no ser la expresión de la realidad. Otro abate, hombre de genio, Lamennais, en la última obra que escribió como creyente, vió en la Revolución y en sus excesos un acontecimiento providencial destinado á salvar la religión. Hay que tomar en cuenta esta apreciación, aunque no sea más que para curar á los demócratas de sus veleidades de violencia: “Una muerte próxima, total, amenazaba al catolicismo. Dios tuvo compasión de Francia; abrió los tesoros

(1) BARRUEL, *Historia del clero durante la Revolución francesa*, p. 103.

de su misericordia y envió la Revolución. No se ha visto de ella más que el lado terrible; debían verse también las saludables consecuencias. Sin ella, ¿dónde estaríamos? Se necesitaba nada menos que esta tempestad para despejar los vapores mortales que cubrían la sociedad infecta y estancada... La Revolución dió al catolicismo como un segundo nacimiento. Después de los desastres y los crímenes de los sangrientos años del Terror, la fe volvió á hallarse viva en los restos dispersos del altar... En adelante, pobre y expuesto á las persecuciones del poder, el clero había recobrado en el cadalso y en los calabozos su carácter original, sus virtudes, su celo, todo lo que constituye su fuerza. Los que le han visto pueden decirlo: era un fausto conmovedor el jirón de sotana cubriendo las cicatrices del confesor, y eran palabras poderosas las palabras de paz que salían de su pecho alterado por el aire de las prisiones... Jamás fueron más numerosos los creyentes, jamás su fe fué más profunda y más sencilla...” (1).

No creemos que la Revolución haya salvado al catolicismo. La decadencia no estaba únicamente en el clero, ni en los abusos de la Iglesia, estaba en la religión. Una fe que contaba diez y ocho siglos no podía convenir á hombres que no tenían ni los sentimientos, ni las ideas, ni las necesidades de los contemporáneos de Jesucristo, hombres que tenían aspiraciones de libertad, de vida política, que los discípulos de Cristo, y Jesús mismo, no sospechaban. Había un abismo entre la religión y la sociedad que la Revolución no podía llenar. Es preciso para esto una renovación religiosa, una transformación del cristianismo tradicional. Pero es cierto que los excesos de la Revolución, las orgías del 93, apartaron á más de un incrédulo de la doctrina de los filósofos. Es cierto también que la persecución da una fuerza nueva á las religiones que conservan un germen de vida. Es decir, que la violencia salvaría al catolicismo, si podía salvarse. Que piensen bien en ello los demócratas antes de imitar á los emperadores cristianos. El paganismo estaba muerto; tan sólo se trataba de enterrarle. El cristianismo no está muerto; puede transformarse, y se transformará. A esta obra debe dar su apoyo la democracia inteligente y no á una obra de destrucción.

(1) LAMENNAIS, *Asuntos de Roma*.

El conflicto entre la Revolución y la Iglesia tuvo aún otro resultado mucho más funesto. Se podría aplaudir con Lamennais el segundo nacimiento del catolicismo, si realmente el sentimiento religioso hubiese ganado en él, porque más valdría un clero creyente que los abates y los obispos incrédulos del siglo XXIII. Pero la medalla tenía un reverso. ¿Cuál es el catolicismo que prevaleció gracias á la reacción? Hasta el 89, la Iglesia de Francia estaba toda entera unida al galicanismo. Ahora bien, cualesquiera que sean las contradicciones de los galicanos, es preciso reconocer que tiene algo más libre y más progresivo que el ultramontanismo. Desde que aparecieron los decretos de la Asamblea nacional, el clero contrario á ellos se aproximó á Roma. Esto estaba en la fuerza de las cosas. El papado fué el primero que protestó contra los principios del 89, y acusó á la Asamblea nacional de usurpación. Los intereses eran los mismos, la alianza era natural; el clero refractario buscó en la santa sede un apoyo contra las invasiones de la Revolución. Esta fué la primera causa de la invasión de las ideas ultramontanas en la patria de Bossuet.

El galicanismo se mantuvo en el seno de la Iglesia constitucional, pero sucumbió con ella. En vano Napoleón dió el apoyo de su autoridad á las opiniones galicanas; el clero aceptó, es verdad, las leyes orgánicas sin murmurar; ¿qué digo?, saludó con sus aclamaciones al restaurador de los altares; comparó el primer cónsul á Constantino, á Teodosio. Pero esto no le impidió, algunos años después, abrazar el partido del papa contra Napoleón. En tiempo de la restauración el galicanismo volvió á ganar algún favor; después, nuevas revoluciones, alarmando al clero en la existencia misma de la Iglesia y del catolicismo, le echaron en brazos de Roma. Hoy es el ultramontanismo el que domina en Francia. Ahora bien, de todas las doctrinas religiosas, el ultramontanismo es la más incompatible con la libertad de los individuos y con la independencia del Estado; órgano de una creencia inmutable, la Iglesia de Roma combate todas las ideas modernas. Un clero ultramontano es el enemigo nato de la sociedad, tal como ha salido de la tormenta revolucionaria.

Hé ahí lo que ganó la Revolución con la violencia. Cuantas veces se recurra á la fuerza para extirpar el catolicismo, se llegará al mismo resul-

tado. Esto es más que natural, esto es inevitable, fatal. El catolicismo atacado, amenazado en su existencia, busca su salvación en la unidad más absoluta. Concentra todos sus esfuerzos para defenderse, después para volver á apoderarse de la dominación de la sociedad; sabido es que lo ha logrado, más de lo que podía esperarse. Así es que, no tan sólo la violencia ha errado el golpe, sino que ha dado una nueva vida al adversario que quería abatir. En definitiva, la Revolución nos da esta grave enseñanza, que la violencia es impotente contra las creencias religiosas. La religión no es una institución arbitraria que una ley crea y otra ley puede abolir; es una necesidad de la naturaleza humana. Es, pues, empresa insensata querer destruirla. Si hay alguna religión que sea un peligro para la libertad, que esté en oposición con los progresos de la civilización, es preciso emplear todos los medios legítimos para impedir que ejerza su funesto imperio; es preciso difundir las luces á raudales. La verdad concluirá por triunfar del error.

## § II. — El concordato.

### I

El concordato restableció el catolicismo ortodoxo y puso término á la Iglesia constitucional, así como al culto decadario y á la religión de los teofilántropos. Se han criticado al clero las adulaciones de que fué demasiado pródigo hacia Napoleón. El clero es siempre adulator de la fuerza cuando la fuerza se emplea en su provecho. En 1802 se comprende su agradecimiento. El primer cónsul tuvo que violentar á aquellos mismos que lo habían elevado al poder supremo, para imponerles el catolicismo. Con los granaderos dió el golpe de Estado del 18 brumario; ahora bien, el ejército era hostil al restablecimiento de la antigua religión. "Jamás, decían los soldados, se habían cubierto las banderas francesas con tantos laureles como después que habían dejado de ser bendecidas." Los generales más ilustres, y entre ellos compañeros de armas de Bonaparte, participaban de esta aversión. Conocida es la respuesta que dió un oficial al primer cónsul que le preguntaba cómo había encontrado la ceremonia de Nuestra Señora, celebrada con motivo de la restauración del culto:

"Era, dice Delmas, una bella fiesta frailuna; no le faltaba más que un millón de hombres que han perecido para destruir lo que vos restablecéis," (1). Bignon, que refiere esta frase, añade que se hace mal en admirarla, porque es falsa. No es tan falsa como lo pretende el historiador francés. Los detalles en los cuales hemos entrado respecto al odio que los revolucionarios profesaban al catolicismo atestiguan que la Revolución tenía la voluntad bien decidida de destruir la antigua religión. Este odio existía aún en 1801. Tenemos de ello testimonios que no dejan duda alguna. Todos los cuerpos constituidos, el Consejo de Estado, el Cuerpo legislativo, el Tribunado, estaban llenos de partidarios de la Revolución, y no se dirá que aquellos que casi todos se unieron á Napoleón eran hombres del 93. Pues bien, el proyecto de concordato sufrió una oposición unánime. Una frialdad silenciosa, dice Portalis, acogió en el Consejo de Estado la comunicación que le hizo el primer cónsul del tratado que acababa de firmar; en el seno de esta compañía era, sin embargo, donde Napoleón contaba los partidarios más adictos. Mucho peor aún fué la acogida en el Cuerpo legislativo; protestó contra la restauración del culto católico, elevando á la presidencia á Dupais, el escritor más conocido que leido, que demostró á su manera que el cristianismo es una fábula basada en hechos astronómicos. Era el espíritu de Voltaire que se insurreccionaba contra la *infame* cuyos altares volvían á levantar. Napoleón, que ya se atrevía á mucho, no se atrevió á presentar el concordato aislado al Cuerpo legislativo; le hizo acompañar de las leyes orgánicas, cuyo espíritu, decididamente galicano, debía conciliarle los sufragios de aquellos que temían al catolicismo romano. En el Tribunado hubo una verdadera sublevación contra la restauración católica; fué necesario un nuevo golpe de Estado para quebrantar su existencia, mutilándolo (2).

¿Quién era el verdadero órgano de la opinión pública, Napoleón ó el Consejo de Estado, el Cuerpo legislativo y el Tribunado? Hemos dicho en otra parte que el primer cónsul, así como el emperador, era el hombre del pasado, un verdadero contrarrevolucionario, si se entiende por revolución las ideas

(1) BIGNON, *Historia de Francia desde el 18 brumario*, c. XX.  
(2) PORTALIS, *Discursos y dictámenes sobre el concordato*, Introducción por el vizconde de Portalis, p. 411.

del 89. Restauró la antigua Iglesia en 1801, como restauró la monarquía en 1804. El verdadero espíritu de la Revolución se hallaba, pues, en los campos y en los cuerpos constituidos; era el espíritu del siglo XVIII, el odio del catolicismo. Para ser justos, es preciso añadir que este espíritu no era el de la Francia. Conviene comprobarlo. Portalis, en su discurso al Cuerpo legislativo, cita las deliberaciones de los consejos generales de los departamentos, ecos fieles de los sentimientos y de los deseos del pueblo. En ciertas provincias "se tenía casi tanto apego al culto católico como á la vida." Por todas partes "los habitantes de las campiñas amaban su religión y echaban de menos los domingos y las fiestas; los templos eran para ellos puntos de reunión, donde los negocios, la necesidad de verse y de amarse, reunían á todas las familias y entretenían la paz y la armonía." La confesión es cándida; se echaba de menos el culto como una antigua costumbre, por lo menos tanto como por fe. Pero estas costumbres eran respetables. El prefecto de la Mancha escribió: "Los que critican el restablecimiento de los cultos no conocen más que París; ignoran que lo restante de la población lo desea y tiene necesidad de él. Yo puedo asegurar que la esperanza de la organización religiosa ha hecho muy bien en mi departamento." En la antigua Bélgica, los deseos eran aún más ardientes. El prefecto de Jemmapes asegura "que todos los buenos ciudadanos, los respetables padres de familia, suspiraban por la restauración del culto," (1).

En París, al contrario, y en todas partes en donde reinaban las ideas de la Revolución y las pasiones del siglo XVIII, la restauración del culto católico encontró una viva repulsión. Era desdén tanto como cólera. Se despreciaban las ceremonias del culto como una mala farsa. Esos sentimientos no eran los de algunos volterianos; la masa de la población participaba de ellos. Esto es tan cierto que, cuando el legado del papa vino á París, el gobierno le hizo entrar de noche, como una mercancía de contrabando. Lo más curioso es el comentario que hace el abate Pradt de esta prudente conducta del primer cónsul: "Si tan sólo una risa hubiese dado la señal, dice, corríamos el riesgo de caer en la carcajada inextinguible de los dioses de

Homero. Fouché (el ministro de la policía) *vigiló para que París estuviese serio*," (1).

¡Hé ahí una restauración religiosa verdaderamente edificante! ¿Es que, á lo menos, el gobierno que presidió á ella perseguía un fin religioso? Antes de apreciar la obra de Napoleón, tan alabada como vituperada, hay que oír los motivos del concordato que Portalis desenvolvió ante el Cuerpo legislativo.

### II

Los discípulos del siglo XVIII, los revolucionarios, repudiaban al catolicismo como un montón de supersticiones: el mundo, decían, está bastante adelantado para renunciar á sus antiguas preocupaciones. La respuesta á esta trivial objeción era fácil. La fe es una necesidad del hombre; no se le puede impedir que crea, como no se le puede impedir que piense. Pues que la inmensa mayoría de la nación continuaba unida al catolicismo, ¿no era tan legítimo como prudente dar satisfacción á sus deseos? Esto era reanimar las supersticiones, decían los volterianos. Portalis les contesta que más vale una creencia positiva que la ausencia de toda fe. En vano se cerrarán los templos; si los hombres no pueden orar en las iglesias, no dejarán por eso de ser creyentes; se harán más crédulos, supersticiosos y fanáticos. ¿Se quiere reemplazar la religión con la irreligión? Cuidado con ello, dice Portalis: "El espíritu de irreligión transformado en sistema político, está más cerca de la barbarie de lo que se cree," (2).

Hay otra objeción más seria contra el catolicismo. Todos los filósofos, todos los escritores políticos le critican el ser inconciliable con la soberanía civil, y la historia de la corte de Roma confirma en cada una de sus páginas la verdad de esta acusación. Portalis encuentra una respuesta perentoria en las doctrinas galicanas. No es el catolicismo ultramontano el que Napoleón creía restaurar, es el catolicismo de Bossuet. Las leyes orgánicas consagran las libertades de la Iglesia galicana con un rigor ante el cual Bossuet hubiese tal vez retrocedido. Portalis hizo más; combatió francamente y

(1) PORTALIS, *Discursos y dictámenes sobre el concordato*, etc., páginas 36-38.

(1) DE PRADT, *los Cuatro Concordatos*, t. II, p. 212.  
(2) PORTALIS, *Discursos y dictámenes sobre el concordato*, páginas 9, 15.